

las doctrinas del pensador español y en Chile, nada menos que un hombre de la ecuanimidad de Enrique Molina, ha dicho a raíz de ciertas observaciones sobre arte moderno: "La tesis de la deshumanización del arte es como una bomba destinada a vencer al enemigo por cegamiento. No hiere ningún órgano vital, pero perturba, paraliza, impide pensar en un principio. Mas precisamente por esta circunstancia uno siente la necesidad de formarse ideas claras sobre tema tan trascendental, y, a poco discurrir, llega a ver cuán deleznable es la fábrica. Así se encuentra que Ortega y Gasset, escritor tan bien reputado entre nosotros, ha fallado esta vez como pensador sólido, quizás por afán snob o por ligereza." (Atenea, III, 8, 211.)

Últimamente hemos recibido de Chile un nuevo libro sobre el mismo tema titulado *La intelectualización del arte* y cuyo autor es el joven maestro Luis David Cruz Ocampo. El libro de Cruz Ocampo no es sólo un comentario de *La deshumanización* sino que al discutir las teorías de Ortega el pensador chileno formula sus propias doctrinas con envidiable claridad y relativa firmeza. Para Cruz Ocampo la deshumanización no es otra cosa que la necesaria modificación que tiene que experimentar la realidad, o sea la Naturaleza, los animales, las cosas o los hombres para transformarse en sustancia artística. Hay que notar que en las teorías de Ortega éste es el fenómeno más fundamental y característico del arte nuevo. Observa en seguida el chileno que toda obra de arte es desrealización o deformación de la realidad, v. g. la arquitectura desrealiza la curva del cielo y hace el arco; el arte egipcio desrealiza el loto y hace la columna del capitel; Homero desrealiza las luchas de los griegos, Dante la vida de su época, Cervantes la de la suya, por ende la deshumanización aparece en el arte de todas las épocas y no sólo es característica fundamental del arte nuevo. Por otra parte Ortega ha estudiado las teorías de este arte sin ver que muchas veces las obras son todo lo contrario de lo que se dice en las proclamas. Destruyendo de hecho las opiniones un tanto pueriles de García Huidobro y de Marinetti, el escritor chileno observa que en el arte moderno predominan siempre los elementos intelectuales. Está Cruz Ocampo en discrepancia con Ortega en lo que se refiere a la trascendencia del arte actual, pues, mientras el español lo cree insignificante, el chileno, pensando en Ibsen, Dostoyewsky, Tolstoy, Marinetti, el futurismo, el grupo "Clarté," Barbusse, Rolland, etc. opina que los intelectuales de hoy ponen sus fuerzas al servicio de las doctrinas de mejoramiento social y tienen una alta idea de su misión en este mundo. Lo que sucede es que Ortega equivoca el concepto que tiene la muchedumbre del poeta con la idea que éste tiene de sí mismo.

El libro del profesor chileno es de gran valor actual y en vez de quitar mérito a *La deshumanización del arte* creemos que complementa esta obra. Ortega, como todo filósofo moderno, no adopta nunca actitudes de dómine, y en este libro de la deshumanización creemos que partió a demostrar una serie de teorías con muchas dudas enroscadas a su cerebro.

De menos importancia que *El chileno en Madrid* es la novela de Jenaro Prieto *El socio*. Sin embargo, por su sano humorismo y por la pintura un tanto caricaturesca de la burguesía santiaguina *El socio* es una de esas novelas llamadas a vivir largo tiempo y a quedar luego como documentos de una época.

Luis Enrique Délano, uno de los escritores más jóvenes de Chile, acaba de publicar *La Niña de la prisión*, diez narraciones un tanto fantásticas. Se nota en este escritor el prurito pirandelliano de salirse de la cotidiana realidad para sorprendernos con cuentos raros que a veces se hacen fantasmales a la manera de Poe. Fino estilista y seguro creador de caracteres irreales, Délano nos ofrece la mejor promesa entre los jóvenes prosistas chilenos.

Januario Espinosa ha publicado una novela que ha tenido cierta resonancia en Chile y ha sido muy aplaudida por cierta prensa. *La señorita Cortés-Monroy* se titula la obra y de su lectura hemos sacado una triste impresión de realidad deformada, no por teoría estética, sino por incapacidad de observación. El estilo del señor Januario Espinosa no nos interesa.

Notamos con satisfacción un creciente interés entre los escritores de Chile por la literatura norteamericana e inglesa. La revista *Atenea* publica en su número de Julio un resumen de un artículo sobre Edwin Arlington Robinson aparecido en *La Revue Bleue*. El novelista Mariano Latorre publica en esta misma revista (Junio) un resumen crítico de la obra de J. O. Curwood, a quien llama escritor-naturista. A. Labarca Hubertson publica un extenso estudio sobre *Un novelista pedagogo: H. G. Wells* en *Atenea* (Abril).

ARTURO TORRES-RIOSECO

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LA VIDA LITERARIA EN CUBA

Así como el desastre colonial acaecido en las postrimerías de la pasada centuria propició en España la reacción espiritual que se conoce bajo el nombre un poco vago e inadecuado de *generación del 98*, así la triste situación política en que quedó Cuba después del convenio pacificador del Zanjón del año 1878, el cual puso fin a la primera guerra por la independencia de aquella isla, fué

estímulo y a la vez causa determinante para que en la hermosa antilla se produjera un movimiento intelectual intenso que culminó allá por la última década en una pléyade notable de escritores, tribunos y poetas que prestigiaron con su labor el esfuerzo gigantesco de los patriotas para libentar el país. Fué entonces cuando el intelecto cubano alcanzó su más noble floración. José Martí, máximo en la oratoria política, verbo y a la vez alma de la revolución libertadora, redentor y mártir, crítico penetrante, exquisito poeta, ensayista y pensador, y, sobre todo, el creador de estilo más personal y pletórico que jamás haya dado nuestra América, fué como la *suma* y culminación del movimiento. Junto a él, aunque no todos comulgando con sus ideales políticos, encontramos a tribunos de la talla de Eliseo Giberga, Rafael Montoro y Manuel Sanguily, este último, además, literato y crítico de amplia cultura y acendrado buen gusto, director y redactor casi único de la famosa revista *Hojas Literarias*. Compartiendo con él las labores de crítico aparecen don Nicolás Heredia, talentoso precursor de la moderna revaloración clásica española que culmina en Azorín; Enrique Piñeyro, tan pulcro, de tan fino ingenio y de tan maciza y bien digerida cultura; José de Armas, (Justo de Lara), equilibrado y sereno, escritor bilingüe, más bien dado a la interpretación de temas clásicos de literatura inglesa y española; Emilio Bobadilla, (Fray Candil), novelista y crítico de fuste, sin duda la pluma más satírica y mordaz que Cuba ha producido; Raimundo Cabrera es también polígrafo distinguido, autor de novelas, de ensayos críticos, literarios, políticos, etc., director de *Cuba y América* por muchos años. Enrique José Varona, director de la "Revista de Cuba" y otras publicaciones, pensador, filósofo y prosista de ático buen gusto, ha llegado a ser el guía y mentor de las generaciones posteriores. Por último, sobresaliendo en otras disciplinas afines aparecen Domingo Figarola Caneda, investigador y erudito bibliófilo, y el insigne José A. Rodríguez García, maestro de tres generaciones, gramático eminente y prolífico literato, director y redactor único de *Cuba Intelectual*.

En la poesía, árbol que en Cuba ha fructificado siempre con tropical esplendor, surgen en esta época varias figuras distinguidas y, entre ellas, algunas mujeres notables: Nieves Xenes, Aurelia Castillo de González y Juana Borrero, loada por Rubén Darío. Además de José Martí, destácanse Diego Vicente Tejera, Esteban Borrero Echevarría, Bonifacio Byrne y el adolorido Julián del Casal, el más lírico y exótico de todos ellos. Este grupo de líróforos, amén de otros muchos de menor categoría, mantienen viva en este período la rica tradición poética cubana que con tanta brillantez se había sostenido desde los azarosos

días de Plácido, Heredia, Milanés y la Avellaneda y la cual continuaron más tarde Luaces, Zenea, Mendive y Luisa Pérez de Zambrana.

Tales son las figuras más espigadas de aquella generación, hoy casi totalmente desaparecida. En realidad nunca formaron un núcleo homogéneo, compacto, con personalidad colectiva definida y fuerte. No hay en ellos unidad ni afinidades comunes que nos permitan agruparlos por escuelas o tendencias. Unos laboraron desde Centro y Sur América, otros desde la Habana, la mayor parte desde Nueva York y no pocos desde Francia y España. A esta circunstancia se debe, probablemente, el hecho de que nunca llegaran sus esfuerzos a cristalizar en una gestación cultural trascendente, universalmente reconocida y aceptada. Fué la de esta generación una labor fragmentaria, dislocada, inquieta y múltiple, como lo requerían sus empeños patrióticos, lo precario e inseguro de su trashumante vida y el enciclopedismo intelectual que aún predominaba por aquellas calendas. Hay un punto de contacto, sin embargo, entre ellos, una especie de aglutinante que les presta cierta cohesión y aire de familia. Este común denominador es la preocupación patriótica que a todos embarga y que priva sobre toda otra actividad, limitando a veces el vuelo del pensamiento filosófico y otras exaltando el verbo hasta el tono heroico. La mayor parte de esta ejecutoria cultural apareció en revistas y periódicos de Europa y de Norte y Sur América, hoy casi todos desaparecidos ya, y en ellos se encuentra todavía olvidada y dispersa gran porción de ella. Mas lo que hasta el presente ha logrado rescatarse puede decirse que constituye lo más enjundioso y fecundo que aquella generación produjera, y en sus principios y doctrinas empieza a percibir la juventud cubana de hoy, la ideología patriótica de más noble ascendencia.

Con el advenimiento de la República se inaugura una era de mediocridad y decadencia que aún no ha desaparecido del todo. Los próceres habían dado ya sus mejores frutos, y faltos ahora del estímulo patriótico, unos enmudecieron y los otros se amaneraron. Sobre todo privó el ansia, por tantos años contenida, de gozar a plena vida de los beneficios materiales que para el cubano trajo consigo el nuevo régimen. La propensión epicúrea y materialista inherente al temperamento criollo, se desarrolla en estos momentos en proporciones alarmantes. El goce material se elevó a la categoría de ideal supremo, el placer se erigió en divisa y teniendo por norma un hedonismo puramente sensual, a él se entregó el cubano con menoscabo y detrimento de los intereses del espíritu. La alta cultura degeneró en rutina, las letras no fueron más que un *modus vivendi* para unos; para otros, un paso previo para la sinecura o el empadronamiento en el presupuesto del país, y

hasta la conciencia nacional se amodorró en el derroche rastacuerial de las rentas del estado, ahora usufructuadas por una plaga burocrática que asaltó desenfrenada el tesoro público. Durante los primeros dos o tres lustros que siguieron a la guerra de emancipación, Cuba no produjo una sola figura intelectual digna de la generación que fenecía.

Productos completamente republicanos—es decir, que surgieron y se formaron bajo la República—son un grupo de escritores jóvenes, de mucha valía, que por encontrarse aún en estado de formación, no se ha pasado juicio definitivo sobre ellos. Ninguno nos ha dado aún su obra maestra y con la excepción del malogrado Jesús Castellanos, muerto prematuramente, mucho se puede esperar todavía de estos jóvenes talentos. Este grupo que surge a la palestra literaria hacia 1914 constituye una verdadera reacción y hasta una protesta, aunque inconsciente a veces, contra el marasmo y la mediocridad ambientes, contra la relajación política y el amaneramiento literario y artístico. Lo componen una media docena de escritores de cultura amplia y de mucha sustancia medular, todavía jóvenes pero ya suficientemente enjundiosos para haber traspuesto las fronteras patrias y merecido los honores de la traducción algunos de ellos.

El más definido quizás de todos es Alfonso Hernández Catá, dramaturgo, novelista y excelente cultivador del ensayo, pero más que nada, un estupendo cuentista superior a cuantos cultivan este género en España hoy. La preocupación de la forma ha hecho de él un verdadero estilista, depurado y exquisito. José Antonio Ramos es un espíritu inquieto, insaciable, atormentado por los grandes problemas que suscitan las premisas científicas y filosóficas sin deducir de ellas conclusiones convincentes. Ha abrevado en todas las grandes obras y le son familiares los libros y los autores de verdadero prestigio de Europa y América. Es un escritor proteico y hasta un poco descuidado si se quiere en el estilo, pero en él campea siempre un pensamiento robusto y una alta y noble finalidad. Ha cultivado casi todos los géneros literarios,—desde el ensayo político-social,—*Manual del perfecto fulanista*—y filosófico hasta la precaria crónica periodística, pasando por el drama y la novela. Es el mejor de los dramaturgos cubanos y uno de sus más distinguidos novelistas de la hora actual. Mas la preocupación sociológica y filosófica es en él demasiado intensa para permitirle ser un buen cultivador de cualquiera de los dos géneros. Se nos antoja que su talento es más propicio al ensayo que a las formas imaginativas de creación. José María Chacón y Max Henríquez Ureña hanse dado al cultivo de la crítica y a la investigación literaria. El primero, sobre todo, unc a su perspicacia crítica una muy fina

sensibilidad estética que hace de su labor una verdadera obra de creación. Miguel del Camión y un poco más tarde, Carlos Loveira, son novelistas genuinamente cubanos y en sus obras nos dan una pintura fiel del medio criollo. Fernando Lles es el único de esta generación que se ha dado casi exclusivamente al cultivo del ensayo filosófico para el cual tiene aptitudes realmente excepcionales. Ramiro Guerra y Arturo Montori saben combinar sus tareas docentes con los estudios históricos, el primero; la labor de creación y el ensayo, el segundo. Es de notar que mientras los otros géneros literarios medran con vigor en este ingrato ambiente, la poesía languidece en esta época. Solo dos medianos poetas nos ofrece este momento de la cultura cubana: Agustín Acosta y Gustavo Sánchez Galarraga. Ambos militan en las filas del ejército de rimadores que siguen a Rubén Darío por estos años y no alcanzan, ni con mucho, a pulsar la lira con la intensidad de pensamiento y sentimiento con que la pulsaron los rapsodas cubanos del siglo pasado.

Al señalar este semirenacimiento de los géneros literarios en Cuba, que se vigoriza en el cuarto lustro del presente siglo, hemos de hacer una dolorosa confesión. Más que de falta de nervio y energía creadores adolece la literatura cubana desde hace años de ausencia crítica. Porque esta noble y depuradora función literaria, que es al pensamiento lo que el oxígeno a los pulmones, se ha reducido en los últimos tres lustros de cultura cubana a un coro anodino de exaltaciones y panegíricos, sin criterio cultivado y sin independencia. ¿Dónde está la crítica cubana de estos últimos años? ¿Dónde los Sanguily, los Piñeyro, los Manuel de la Cruz, los Martí, los Fray Candil, los Justo de Lara, los Varona, etc. de la generación presente? Yo confieso ingenuamente que los busco y no los encuentro por ninguna parte. En su lugar hallo solamente una camarilla vocinglera y cacareadora, horra de cultura y de pensamiento, que llevada de una camaradería ñoña y completamente interesada, se dedica al bombo mutuo (cuando no al auto-bombo), siguiendo la clásica fórmula del derecho romano: "Doy para que me des." . . . ¿Quién ejerce en Cuba hoy este noble ministerio? Citaremos entre los que por su amplia cultura, por su depurado buen gusto y recia personalidad podrían ejercerlo con dignidad y eficiencia. En primer lugar, al casi octogenario Enrique José Varona, maestro venerable de las últimas parvadas intelectuales, aunque su ejecutoria más bien pertenezca al pasado. Esta olímpica figura, cuya labor y trascendencia en las letras cubanas todavía no se ha justipreciado debidamente, prodiga con disculpable y generosa piedad el elogio exagerado, dando así pábulo al viciado ambiente y, en cierto modo, sancionando con el ejemplo, el abuso

del ditirambo. Mas dicho sea en su descargo, casi nunca lo hace en público, sino en cartas privadas a los autores, y esto, con el sano propósito de estimularlos y animarlos a emprender más altos empeños. De los otros, ni Manuel Márquez Sterling, más dedicado a temas de política y sociología que a los puramente literarios, ni José María Chacón, el mejor dotado y más idóneo de todos los de su generación para estas tareas, pero entregado a las delicias de la investigación clásica, ni Max Henríquez Ureña, cuya energía mental la reclama casi íntegramente su labor docente, ni ningún otro de verdadera solvencia intelectual se ha consagrado a esta indispensable función. Arturo R. de Carricarte es el que más y más honradamente y con más sano criterio ha hecho en este sentido en los últimos años, pero su personalidad carece del prestigio necesario para que su esfuerzo sea fecundo y cristalice en saludables rectificaciones. Y esto por su raquitismo ideológico y limitado horizonte intelectual. . . .

* * *

El cataclismo europeo, con su enorme secuela de fermentos sociales y efervescencias ideológicas, no podía menos de afectar a Cuba, igual que a todos los otros países. Esto unido a la terrible crisis económica que el país sufriera al terminar la guerra mundial y la degradación política a que llegó bajo el ignominioso nepotismo del gobierno zayista, determinaron una profunda reacción entre los elementos juveniles de Cuba, cuyos alcances y trascendencia es todavía prematuro augurar. La última generación, alerta, rebelde y exaltada, parece ofrecernos una rectificadora promesa en gestación. Con sus inquietudes espirituales, con sus ansias de superación y su plausible curiosidad inquiridora; con su irreverente iconoclasticismo y su fina sensibilidad estética, esta nueva generación aporta a la cultura vernácula una resonancia de cosmopolitismo ideológico de que antes carecía completamente. Haciéndose eco del despertar nacionalista que desde hace tiempo y, particularmente, desde los años de la post-guerra, se viene realizando en la cultura y las artes de las naciones hispano-parlantes de América, estos muchachos, a la vez que se mantienen en íntimo contacto con el movimiento intelectual de Europa, se reconcentran sobre la tradición cubana y empiezan a producir literatura nacional por el sabor local de los temas que la inspiran y por el credo ideológico que sustenta. Otra característica de este último grupo es el sentimiento de solidaridad hispana que predomina en todos y cada uno de ellos. Nunca hasta ahora se había sentido el escritor hispanoamericano tan hermanado, tan fraternal y solidario con sus colegas todos del continente y de las Antillas.

Como ya dije antes, son irrespetuosos con los valores del patio ya consagrados y gozando de una aureola de prestigio intelectual que nunca merecieron. Con sus arrestos juveniles y su fiebre inconoclasta, la emprenden con la mediocridad endiosada, y arremeten despiadados contra el amaneramiento y la rutina ambientes. Casi todos conocen dos o tres idiomas y gustan de abreviar en las fuentes originales. París continúa ejerciendo su secular dictadura intelectual sobre la mayoría de ellos, pero muchos se han manumitido de la tutela francesa y escudriñan nuevos horizontes ideológicos en las literaturas inglesa, germana y norteamericana. Como en todas las modalidades literarias de última hora, predomina en esta generación, al par que una refinada sensibilidad estética, un prurito de originalidad y exotismo de mera forma, exterior o de estilo, que reduce en muchos de ellos el esfuerzo creador a un puro malabarismo verbal, sin reciedumbre de pensamiento y sin profundidad ideal. Este predominio de la forma sobre el fondo, este empeño excesivo por encontrar un medio de expresión original y nuevo, es el pecado original de todas estas escuelas o tendencias del modernismo para acá, y de él no se redimirán hasta que no se convenzan de que el contenido será siempre superior al continente en el orden intelectual. Este afán de originalidad estilística ha llevado a no pocos muchachos en Cuba, como en otras partes, a verdaderos excesos y extravagancias de lenguaje que podrán ser muy originales y muy suyos, pero que nada tienen de nuevos desde los días en que penaba por estos mundos el hoy resucitado Don Luis de Góngora. Este prurito está malogrando en Cuba y fuera de ella ingenios de muchos quilates que si no pusieran todo el énfasis en la búsqueda y caza de palabritas exóticas, harían labor de mucho mayor mérito.

De estos jóvenes hay algunos ya en plena granazón intelectual, que de producir en ambiente más propicio y de más depurada cultura, no sería hipérbole augurarles una resonancia continental. Entre los más logrados hay que citar, en primer término, a Jorge Mañach, talento precoz y robusto por su juvenil madurez y serenidad de pensamiento, por su amplia y bien asimilada cultura—el mejor conocedor en Cuba, con José A. Ramos, del pensamiento anglosajón. Junto a él y colaborando en las columnas de una admirable revista de pura estética—"1928"—por ellos fundada y sostenida, aparece un grupo distinguido de talentos aun adolescentes cuyos mejores frutos no han cuajado todavía. De entre ellos destácase un poeta fino, de una delicada y emotiva sensibilidad, que a pesar de sus años mozos sabe ya pulsar la lira con la exquisita serenidad y hondura de pensamiento reservadas sólo a los ingenios maduros. Huelga decir que

me refiero a Juan Marinello. En el campo de la apreciación crítica empiezan a sobresalir Felix Lizaso, José Antonio Fernández de Castro, Francisco Ichaso, Alejo Carpentier y otros varios que se inician ahora, pero cuyas primicias son ya pruebas evidentes de aguda perspicacia y sutil ingenio. Mucho prometen los nobles arrestos de esta juvenil parvada y mucho hemos de esperar de su generoso esfuerzo. Por de pronto ha logrado conmover la modorra intelectual en que vegetaba el cubano desde hacía años y poner en un aprieto la rutina académica tradicional.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES

VIRGILIO DÁVILA. *Un libro para mis nietos*. San Juan, P. R., Tip. Venezuela, [1928], 126 págs.

El conocido y popular poeta puertorriqueño, Sr. Virgilio Dávila, acaba de publicar su quinto libro de versos, manifestando una nueva modalidad poética, que en él no conocíamos: versos para niños.

Cuando aparecieron sus dos primeros libros, *Patria*, 1903, y *Viviendo y Amando*, 1912, Virgilio Dávila se destacó prontamente como poeta erótico-patriótico. Mas tarde su abundante producción lírica hace un definido sesgo hacia el criollismo y publica sus ya agotados libros regionales: *Aromas del Terruño*, 1916, y *Pueblito de antes*, 1917; obras que marcan una culminación de habilidades técnicas y de sensibilidad.

Después de doce años de intermitente silencio, el poeta nos sorprende con los frutos de una nueva vendimia: *Un libro para mis nietos*, libro sencillo, tierno e ingenuo. Sin lucimiento ni modalidades nuevas, Virgilio Dávila permanece fiel a su vieja tradición poética, y depura con rigurosa sencillez las dos etapas anteriores en esta obra que parece escrita expresamente para los escolares que cursan la primera enseñanza.

No obstante, a medida que se progresa en la lectura de sus tiernos versos infantiles, va surgiendo rica y espontánea la vieja vena patriótica, y volvemos a encontrar en la sección *Siempre vivas*, al noble poeta que se inició en 1903, publicando *Patria*.

Libros sin pretensiones, llanos y profundos, nos hacen falta para modelar el espíritu dúctil de las nuevas generaciones. El de Virgilio Dávila tendrá seguramente el unánime aplauso de nuestros niños, ajenos casi siempre a cordialidades de esta índole.

A. S. PEDREIRA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

MIGUEL DE UNAMUNO. *The Agony of Christianity*. Translated by Pierre Loving. With an Introduction by Ernest Boyd. New York, Payson & Clarke, 1928, 183 págs.

Among the works of don Miguel de Unamuno are three capital books which partially convey his unique approach to life. *En Torno al Casticismo* preached the desideratum of the Europeanization of Spain; to him traditionalism and the policy of severing the Spanish people from the culture of the West were suicidal and contrary to the spirit of genuine culture. *Vida de Don Quijote y Sancho Panza* proclaimed the religious necessity for the heroic life, the life of the ideal, adherence to vitalism and faith; it launched a vigorous attack against complacency, provincialism, and mediocrity. These two were evangelical books—for others. His quintessential credo is contained in *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, written in the height of his creativity. With an intensity that burns away all meannesses and resistances, he makes us aware of the tragedy which is our human destiny: the impossibility of having our private hunger for immortality, the perpetuation of our flesh-and-bone existence, guaranteed by knowledge and reason. This dialectic analysis is turned into a vital struggle; the suffering caused by it receives no surcease—it is a tragedy that has no reconciliation; hence, he and we remain unpurged after living through the titanic clash released by the confrontation of existence and universals.

The Agony of Christianity is a continuation of this theme. *Agony*, for Don Miguel, has its Greek etymological meaning,—struggle. (The English words *agony* and *agonistic* approach this special meaning of Unamuno. Cf. Milton's peculiar usage in *Samson Agonistes*.) One may grapple with an enemy, man, animal, or inanimate thing, without uttering sickly moans on account of the suffering. Christianity is for the individual, something incommunicable; personal, not societal. Don Miguel's real service to the West has been his insistence that the central problem of all problems is the individual. The nineteenth century "hammered away" for the group, for humanity. August Comte deified mankind. Everyone talked of the race, forgetting that the race, humanity, society are merely abstractions, not realizing that the individual whole, the one which makes all the rest possible, thus underrated, is really paramount. Christianity has been socialized. Within the Church, people have been saying passive obedience, implicit faith, contains salvation; those from without the Church, that life must be made a plenitude in this world. Christianity exacts the celibate life, the negation of society. A man to live like a Christian must be as solitary as a monk, but even a Carthusian monk must come from the group.